

NEIL SAFIER

**LA MEDICIÓN
DEL NUEVO MUNDO**

**La ciencia de la Ilustración
y América del Sur**

Fundación Jorge Juan
Marcial Pons Historia
2016

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA.....	13
PREFACIO. EL ASCENSO DEL FRANCESURCU.....	15
INTRODUCCIÓN. NUEVOS MUNDOS POR MEDIR E IMITAR.	25
CAPÍTULO 1. LAS PIRÁMIDES EN RUINA DE YARUQUÍ.....	51
Símbolos de tenacidad.....	56
Cuestiones de inscripción.....	67
Espacios jurídicos de la ciencia fuera de Europa.....	79
Conclusión.....	84
CAPÍTULO 2. UN AMAZONAS ILUSTRADO, CON RELATOS MÍTICOS Y UN MAPA DESPLEGABLE.....	91
Un regreso largamente esperado.....	91
Porteadores y documentos.....	97
Un apunte tropical disimulado: instrucciones manuscritas para una aventura amazónica.....	102
Retórica gráfica.....	113
El palacio encantado de El Dorado.....	118
La fusión cartográfica del Amazonas y el Orinoco.....	125
Conclusión.....	127
CAPÍTULO 3. EXPLORADORES DE GABINETE.....	133
Todo el Amazonas que es adecuado para imprimirse: la recepción de la <i>Relation abrégée</i> en la prensa periódica europea.....	138
Amazonia del Ámstel: un patricio neerlandés responde.....	140
La autoridad de un testigo presencial en Ámsterdam.....	145

	<u>Pág.</u>
Conjeturas rebatidas: viajeros portugueses consultan a La Condamine.	153
Conclusión.....	163
CAPÍTULO 4. CORREGIR QUITO	167
Maldonado a lápiz e impreso.....	172
Editores parisinos de Quito, <i>post mortem</i>	180
La provincia después de la impresión	196
«El nuevo mapa» de Quito de La Condamine.....	206
Conclusión.....	212
CAPÍTULO 5. UN PUEBLO DIFAMADO Y DEFENDIDO	217
Encuadernar «reparos»: la construcción material y editorial de la <i>Relacion historica del viage a la America meridional</i> (1748)	222
Los «reparos» del «Juicio Imparcial»: de la mejora textual a la crítica moral	232
El «mapa intelectual» de Feijoo: una crítica de la distancia geográfica .	239
Más «reparos» sobre la temperatura y acerca de la fisonomía de los indígenas de Quito	247
Conclusión: luces útiles y falsedades engañosas.....	251
CAPÍTULO 6. INCAS EN EL JARDÍN DEL REY	257
El «orden maravilloso» de la agricultura inca y el desorden editorial de la historia de Garcilaso.....	263
Los invernaderos de Du Fay y el florilegio con notas a pie de página del jardín del rey.....	274
Un jardín peruano encerrado entre corchetes parisinos.....	284
Conclusión: reivindicaciones de la historia inca	294
CAPÍTULO 7. EL MONO DORADO Y EL GUSANO MONO	299
De las vitrinas a las definiciones de diccionario.....	303
América del Sur en la <i>Encyclopédie</i> : Quito sin pirámides, imperios sin incas	307
De las mujeres guerreras a la quina: la <i>Encyclopédie</i> y sus amazonas.	313
Monos, manatíes y discordancia bibliográfica en la <i>Encyclopédie</i>	321
El mono dorado y el gusano mono.....	326
CONCLUSIÓN. CARTÓGRAFOS, CONCUBINAS Y ESCLAVOS FUGITIVOS.....	333
NOTAS.....	343
BIBLIOGRAFÍA	377
ÍNDICE ANALÍTICO	429

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

La publicación de la traducción española de *Measuring the New World* (University of Chicago Press, 2008) representa el cierre de un largo trayecto que comenzó hace casi veinte años en Madrid. En mi primer año de doctorado tuve la suerte de visitar la capital española en compañía de un escritor de la *National Geographic Magazine*, Joel Swerdlow, que investigaba la ciudad de Córdoba en la época medieval. Vine en calidad de traductor. A través de sus contactos conocí a un grupo de historiadores e historiadores de la ciencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas que me orientaron en los años siguientes acerca de mis propios intereses académicos: las expediciones científicas en el espacio iberoamericano en el siglo XVIII. Algunos años más tarde defendí en la Johns Hopkins University mi tesis doctoral sobre la expedición geodésica hispano-francesa al Reino de Quito. Este libro es la versión definitiva de ese trabajo, traducido al castellano por primera vez, fruto de tantas conversaciones y lecciones transatlánticas. Ojalá que la presente edición pueda tener un impacto en las vastas comunidades que se interesan por la historia ibérica de las Américas y, sobre todo, por su complejo desarrollo científico desde los tiempos precolombinos hasta finales del periodo colonial.

La presente edición no habría sido posible sin el generoso apoyo de la Fundación Jorge Juan y la editorial Marcial Pons Historia, encabezadas por José de la Sota y Carlos Pascual respectivamente. Les agradezco profundamente su apoyo y su cordialidad. Además, debo a Juan Pimentel la oportunidad de ver mi trabajo publicado en la prestigiosa colección *Ambos Mundos*. Le agradezco no sólo su impecable trabajo profesional, sino también su paciencia y generosidad. El tra-

ductor, Alberto Lara Castillo, hizo por su parte un trabajo maravilloso, transformando en muchos lugares la prosa densa de mi lengua materna en algo aún más inteligible y manejable —fue un privilegio, además de gran gusto, trabajar con él—. De forma amable y sincera, Sandra Sáenz-López, Miguel Rosas e Iris Montero me ayudaron con la revisión de la traducción final. Yo me hago responsable, sin embargo, de cualquier confusión o error. Por último, agradezco el apoyo financiero de la Social Sciences and Humanities Research Council of Canada (SSHRC) a través de la beca «Itineraries across the Atlantic», que recibí cuando todavía era profesor en el departamento de historia de la Universidad de British Columbia, y la John Carter Brown Library, por haber apoyado algunos de mis gastos de investigación.

No sé si es costumbre en el mundo hispano hacer dedicatorias en una obra traducida, pero pido permiso en este caso para hacerlo. Quisiera dedicar este trabajo a Iris y a Luna, mis hispanoparlantes predilectas, sin las cuales este trabajo no habría visto la luz. Son ellas mi nuevo mundo y las amo profundamente.

Prefacio

EL ASCENSO DEL FRANCESURCU

En un valle largo y estrecho del sur de Ecuador, a tan solo unas millas de las imponentes plazas y calles empedradas de la ciudad colonial de Cuenca, se sitúa el modesto pueblo de Tarqui. Hace varios siglos lo habitaba una población que producía finos cuencos de cerámica y jarrones con protuberancias que evocaban formas humanas; hoy en día da la impresión de que Tarqui ofrece un testimonio muy escaso de su colorido pasado indígena. Llegué a este valle de los Andes centrales con el objetivo de examinar los restos materiales de una expedición que eligió a Tarqui como el sitio para resolver uno de los mayores debates científicos del siglo XVIII. La discusión sobre la forma real de la Tierra —es decir, si estaba achatada o alargada cerca de los polos— se había gestado en los salones de las academias europeas. Sin embargo, esta controversia se resolvería mediante observaciones hechas en suelo sudamericano, cerca del ecuador, con la participación de diez franceses, dos españoles y un séquito de amerindios, africanos, criollos y mestizos que se renovaba constantemente. El grupo transformó este valle tranquilo en una forma temprana de laboratorio moderno de ciencia instrumental.

Antes de visitar Tarqui pasé algunas horas hurgando en uno de los archivos provinciales de Cuenca. Mientras examinaba un mapa topográfico moderno de la región, el nombre de un lugar llamó particularmente mi atención, incluso entre otros que también me parecieron extraños, como Bubugloma, Uchucloma y Pucashpa. Era una montaña pequeña llamada cerro Francesurcu. Por mis lecturas sobre las primeras relaciones de viaje escritas en español, sabía que *urcu* significaba «montaña» en quechua, la lengua indígena más im-

portante de la región. ¿No sería que Frances-*urcu* quería decir «la montaña del francés», una fusión del español y el quechua en una sola palabra? Dado que la montaña se localiza justo al oeste de Tarqui, imaginé que tal vez aquellos hombres de ciencia del siglo XVIII, cuyas huellas estaba siguiendo, habrían llevado a cabo algunas de sus mediciones en ese sitio. ¿Qué rastros de su presencia habrían dejado? ¿Qué señales (hitos) que conmemoraran sus esfuerzos encontraría en la cima? Estas preguntas alimentaban mi imaginación mientras buscaba un taxi en la bulliciosa calle Simón Bolívar. En menos de veinte minutos ya iba cuesta arriba camino a una respuesta, en un recorrido a través de modestos campos de maíz y matorrales andinos, rumbo a la cima del Francesurcu.

A pesar de lo espectacular de la vista panorámica, que ofrecía una perspectiva de Tarqui desde la altura, lo que hallé en aquella cima de 2.824 metros de altitud me decepcionó bastante. Había una cabaña de ladrillos pequeña abierta hacia el oriente, pintarrajeada con grafitis ilegibles de factura local, y con una cruz grande de madera fijada a una pared interior. Justo debajo del refugio encontré un escueto obelisco blanco y dos cruces delgadas de madera a su lado. También había una exigua señal de un vértice geodésico colocada ahí por el Instituto Geográfico Militar, cuya sede está en Quito. Más adelante me enteré por un lugareño de que a esta montaña la llamaban Ouaoua-tarqui, uno de los sitios que yo sabía habían utilizado los europeos para establecer un punto de referencia de sus levantamientos topográficos. Pero, mientras permanecía sentado en la cima del Francesurcu, envuelto por un aire en calma y silencioso, me pregunté cómo era posible que un lugar así hubiera funcionado como laboratorio de experimentación instrumental hacía dos siglos y medio; cómo era que aquella diversidad de individuos podría haber trabajado de manera conjunta para transformar la cima de una elevación andina en un sitio cuyo objetivo sería resolver uno de los interrogantes científicos más candentes de la Europa del siglo XVIII. Intenté imaginarme a jóvenes mestizos marchando con rocas y gruesas varas a lo largo del mismo camino que yo acababa de recorrer, mientras otros montaban en el valle, a los pies de la montaña, telescopios y cuadrantes de manufactura europea. La cumbre del Francesurcu parecía guardar solo la más vaga memoria de estas actividades. Y yo comencé a sospechar que algo más que las sacudidas tectónicas y los volcanes habían complicado el proceso de conmemorar la ciencia experimental en este sitio.

Escalar montañas y ponerse filosófico sobre los monumentos a las batallas del género humano tienen una historia larga y simbólica en la cultura occidental, con una resonancia particularmente intensa en América del Sur. Dos siglos antes de mi ascenso al Francesurcu, un mineralogista prusiano de nombre Alexander von Humboldt acometió en los Andes ecuatoriales una cumbre aún más alta: el pico nevado del Chimborazo, considerado en ese momento la montaña más alta del mundo. Ahí, Humboldt luchó contra el hielo y la niebla para superar la marca de otro explorador, Charles-Marie de La Condamine, un miembro de la Academia de las Ciencias de París, quien lo había precedido en el Chimborazo más de medio siglo antes. Siguiendo sus pasos, el gran libertador de América del Sur, Simón Bolívar, ansiaba superar las hazañas de Humboldt y La Condamine en su ascenso a las cumbres heladas del Chimborazo en 1822. Para Bolívar, ninguna actividad entrañaba mayor simbolismo dramático que la exploración científica. En una ocasión, delirante y poseído por lo que él llamaba «un fuego extraño y superior», escribió que había logrado llegar más allá del punto donde «las huellas de La Condamine y Humboldt» se habían detenido en las nieves glaciales del Chimborazo. Desde lo alto de lo que Humboldt describió memorablemente como una «avenida de los volcanes», Bolívar buscó emular las grandes hazañas de sus predecesores europeos y así exaltar sus propias dotes políticas. Sin embargo, el único testimonio de estos arriesgados ascensos fueron las narraciones heroicas escritas por los mismos escaladores: prosa convertida en monumento, que rememora exploraciones excitantes a cumbres gélidas, pero que no pudo ser confirmada por otros observadores, que tal vez habrían dado otra versión de los hechos¹.

Mi ascenso —más modesto, lo admito— me llevó a plantearme una serie de preguntas, en lugar de conducirme hacia una narrativa pomposa, y me empujó a considerar qué perspectiva debe elegirse, en primer término, para narrar la historia de las exploraciones científicas. ¿Qué impresión daría ese recuento si, por ejemplo, se observara desde los pies del Francesurcu, así como desde su cima? ¿Qué podríamos hallar si examináramos las prácticas de la exploración científica no solo desde la elevada perspectiva de un Humboldt o un Bolívar, sino desde un punto más cercano al suelo? En otras palabras: ¿cómo se verían las huellas de estos relatos triunfantes si escudriñásemos la ciencia colonial a través de una lente más amplia?

El ascenso de cumbres no es un componente típico de la investigación histórica. En vez de subir montañas, la mayoría de los historiadores preferiría utilizar su tiempo en hurgar en archivos. Pero desde el inicio de este proyecto, mientras viajaba a través de los espectaculares paisajes de América del Sur, así como por ciudades europeas también encantadoras, en una travesía que abarcó más de una década de escritura e investigación, comencé a depender, para la búsqueda de las raíces históricas de esta expedición extraordinaria, de otras fuentes que iban más allá de los libros y los documentos de archivos. A lo largo de mis viajes, recibí apoyo y aliento de amigos, miembros de mi familia, colegas y mentores, que por ello merecen el mayor de mis reconocimientos. También acumulé varias deudas, más específicas, con bibliotecarios, archivistas e instituciones en Europa y América, y me alegra poder reconocerlas aquí.

Este libro se deriva de una tesis doctoral defendida en la Universidad Johns Hopkins en septiembre de 2003, a partir de la cual este texto se extendió considerablemente. El proyecto había visto su primera realización en un artículo para un seminario, sobre el viaje en que La Condamine descendió el Amazonas, escrito durante mi primer año en la facultad. Deseo agradecer a mis asesores, David A. Bell y Anthony Pagden, por su dirección, apoyo, estímulo y sabios consejos durante tantos años. Vaya una mención especial de aprecio para Richard L. Kagan, quien primeramente me sugirió estudiar a un excéntrico explorador francés en América del Sur y quien, sin serlo oficialmente, fue un asesor modelo en todos los aspectos. Mi gratitud también la debo a otros miembros del cuerpo docente de la Johns Hopkins: mis gracias más sinceras a Philip Morgan, el difunto A. J. R. Russell-Wood, Orest Ranum, Gabrielle Spiegel, Wilda Anderson, Deborah Poole y Mary Fissell, por sus consejos y aliento. Asimismo, los amigos y los estudiantes colegas de doctorado que conocí durante mi estancia en Baltimore siempre aportaron un ambiente de compañerismo y buen ánimo: me gustaría agradecer a François Furstenberg, Sonja y Craig Hamilton, Anna Krylova, Matt Lauzon, Guy Lazure, Vaishali Patel, Anoush Terjanian, Paul Tonks, Craig Yirush y Giovanni Zanalda por su amistad en esos momentos y ahora.

Al cruzar el Atlántico para comenzar mi investigación, tuve la fortuna de encontrarme con interlocutores perspicaces a quienes desde muy al inicio les atrajo mi proyecto y mantuvieron interés en él. En París me fueron de gran utilidad los seminarios y conversaciones con Luiz Felipe de Alencastro, Francisco Bethencourt,

Marie-Noëlle Bourguet, Roger Chartier, Christiane Demeulenaere-Douyère, Philippe Descola, Jean-Marc Drouin, Pierre-Antoine Fabre, Serge Gruzinski, Jean Hébrard, Yves Laissus, Kapil Raj, Carmen Salazar-Soler, Sanjay Subrahmanyam y Nathan Wachtel, investigadores generosos, a muchos de los cuales considero ahora colegas y amigos. Gracias también a Caroline Comola, Cláudia Damasceno Fonseca, Elizabeth Lewin, Emmanuel Lézy, Yasmine Marcil, Stéphane Martin, James E. McClellan III, Ilda Mendes dos Santos, Raffaele Moro, Jacques y Héløise Neefs, Lucette y Jean-Jacques Petit, Barbara Revelli, François Regourd, Fernando («Pacho») Roca Alcázar, Alessandra Russo, y Ernesto y Cristina Santos por las serias y las no tan serias conversaciones que tuvimos mientras residí en la capital francesa. Durante mis viajes de investigación a Madrid, tuve la fortuna de ser acogido en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas por Fermín del Pino, Mercedes García Arenal, Leoncio López-Ocón, Juan Pimentel y Miguel Ángel Puig-Samper, mientras que, de modo similar, María Luisa Martín-Merás me brindó una gentil bienvenida en el Museo Naval y en su hogar. En Lisboa, vaya mi agradecimiento especial a Tiago Baptista, Miguel Cardoso, José Felipe Costa, Elisa Lopes da Silva, Bruno Peixe Dias y Nuno Senos por su compañía y conversaciones en el Bairro Alto y más allá. Tengo una deuda especial de gratitud con Sergio Miguel Huarcaya por acompañarme en un viaje a Cochasquí y Yaruquí (Ecuador) en marzo de 2006; con Costanza di Capua por sus estimulantes conversaciones en el pintoresco barrio de Mariscal, en Quito; y con Susan Webster por una puesta de sol memorable en su departamento con vista al majestuoso cono nevado del Cotopaxi. Y, finalmente, mis gracias más sinceras a amigos y colegas en Brasil. Maria Fernanda Bicalho, Valéria Gauz, Guillermo Giucci, Beatriz Jaguaribe, Lorelai Kury, Ronald Raminelli, Manoel Salgado y Antonio Carlos de Souza Lima me hicieron sentir todos como un carioca honorario durante mis visitas a Río de Janeiro. En São Paulo, Laura de Mello e Souza organizó para mí visitas inolvidables a la biblioteca de José Mindlin y al hogar de Antonio Candido; John Monteiro y Maria Helena Machado me brindaron una conversación animada en la periferia rural de la capital; e Íris Kantor y otros miembros de la Cátedra Jaime Cortesão, de la Universidad de São Paulo, me introdujeron a las delicias culinarias y culturales de la vida paulistana, hecho por el cual quedaré siempre agradecido. Pero mi verdadero hogar espiritual en Brasil es Minas Gerais, y en especial Belo Horizonte, donde amigos, demasiados para enume-

rarlos aquí, me han acogido y animado en mis intereses sudamericanos de manera sistemática. Nuestras muchas conversaciones, sostenidas lo mismo en el Café com Letras que en el Bar Social, tienen sus huellas en estas páginas. De estos amigos, quiero agradecer especialmente a Júnia Ferreira Furtado (y Lucas, Clara y Alice Lins) y a Maurício Meirelles (junto con Patrícia Tavares) por su siempre amable hospitalidad y amistad, en Brasil y en cualquier parte.

Algunas colecciones de archivos y bibliotecas de tres continentes formaron también un componente central de mi itinerario de investigación. La financiación de estos viajes y de la investigación fue posible gracias a las becas y subvenciones de la Fulbright Foundation, el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Embajada de Francia en Estados Unidos, la Fundación Luso-Americana para el Desarrollo, la J. B. Harley Research Fellowships, el centro cultural portugués Calouste Gulbenkian (París), el Programa para la Cooperación Cultural del Ministerio de Educación y Cultura español, la Horace H. Rackham Graduate School de la Universidad de Michigan, y la American Philosophical Society. También deseo reconocer a los directores y personal de muchas bibliotecas y archivos en los que tuve el privilegio de trabajar: los Archives de l'Académie des Sciences (París); los Archives de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres (París); los Archives of the Royal Society (Londres); el Archivo General de Simancas (España); el Arquivo Histórico Ultramarino (Lisboa); la Biblioteca Central del Museo Nacional de Historia Natural (París); la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, Berkeley (con un agradecimiento especial a Susan Snyder); la Biblioteca Nacional de España; la Biblioteca Nacional de Lisboa (particularmente a Luís Farinha Franco); la Biblioteca Nacional de Francia (con un reconocimiento especial a Catherine Hofmann, del Departamento de Mapas y Planos, por ayudarme a obtener detalles de varios mapas en tiempo récord); la Biblioteca Británica (en particular a Peter Barber de la Mapoteca); la Biblioteca John Carter Brown (con un atento reconocimiento a su exdirector Norman Fiering y a la conservadora de mapas y grabados Susan Danforth); la Biblioteca Clements de la Universidad de Michigan (en especial a Barbara DeWolfe, Brian Leigh Dunnigan, Clayton Lewis, Don Wilcox y su exdirector John Dann); la Biblioteca Dibner para la Historia de la Ciencia y la Tecnología y la Biblioteca Cullman de Historia Natural, del Instituto Smithsonian, en Washington (incluidos Ron Brashear, Leslie Overstreet, Kirsten van der Veen y Daria Wingreen-Mason); la División de Geografía y

Mapas de la Biblioteca del Congreso (en particular a su director, John Hébert, y a Ron Grim); la Biblioteca Oliveira Lima de la Catholic University (incluidos Tom Cohen y su conservadora asistente, Maria Leal); el Museo Naval (Madrid); los National Archives (Londres); la Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos de la Universidad de Pensilvania (con especial gratitud a Lynne Farrington y John Pollack); y los Westminster Archives (Reino Unido).

De regreso a Estados Unidos se me ofrecieron becas de residencia de investigación en la Biblioteca John Carter Brown, la Biblioteca Dibner para la Historia de la Ciencia y la Tecnología del Instituto Smithsonian, y el Institute for Research in Humanities de la Universidad de Wisconsin. Un agradecimiento especial a Loretta Freiling, Arthur y Janet Holzheimer, Jude Leimer, Neil Whitehead y Rosalind Woodward por su cálido recibimiento en Madison; al difunto David Woodward por su constancia en ofrecerme palabras de estímulo y apoyo; y a mis compañeros y colegas de la Biblioteca John Carter Brown: Jack Crowley, Matthew Edney, Hal Langfur, Matt Pursell, Matthew Restall y Elizabeth Wright, por el estupendo período de primavera en Providence durante 2002. Además tuve la fortuna de gozar de dos becas postdoctorales que me permitieron completar este proyecto y comenzar varios otros. A James Boyd White y Donald Lopez, presidentes anterior y actual de la Michigan Society of Fellows, respectivamente, les ofrezco mi agradecimiento sincero por su apoyo. De igual modo, me gustaría agradecer a Sonya Rose y Mary Kelley, presidentas sucesivas del Departamento de Historia de la Universidad de Michigan, así como a mis excolegas en ese departamento: John Carson, David William Cohen, Fernando Coronil, Sueann Caulfield, Dena Goodman, David Hancock, Martha Jones, Sue Juster, Farina Mir, Rebecca Scott, Julie Skurski y Richard Turits, entre otros. También extendo un agradecimiento colectivo a mis colegas posdoctorales de la Michigan Society of Fellows, así como gracias individuales por su muy necesaria y muy apreciada amistad durante mi estancia en Ann Arbor a Enrique García Santo-Tomás, Karen Hebert, Matthew Hull, Katherine Ibbett, Paul Johnson, Valerie Kivelson, Eduardo Kohn, Stella Nair, Ziv Neeman, Mary y John Pedley, Shanan Peters, Jonathan Sheehan, Louise Stein, Daniel Stolzenberg, Miriam Ticktin, Geneviève Zubrzycki, y Jonathan Zwicker. Las últimas correcciones de este libro se completaron durante el período del Andrew W. Mellon Fellow en Humanidades en el Penn Humanities Forum (PHF) de la Universidad de Pensilvania. Me

complace agradecer a la directora del Forum, Wendy Steiner; su directora asociada, Jennifer Conway; y Sarah Sherger por su bienvenida a Filadelfia. También me gustaría agradecer a mis compañeros y colegas del PHF, y en particular a Edlie Wong, por su apoyo y aliento en las etapas finales de un muy largo proceso.

Otras deudas con amigos y colegas son más difíciles de situar en categorías limitadas por la geografía. Valéria Tavares acompañó este proyecto desde sus etapas más tempranas, dándome constantes y vehementes ánimos desde Baltimore hasta Belo Horizonte; estoy inmensamente agradecido por su entusiasmo, solidaridad y apoyo a lo largo de estos muchos años. Jorge Cañizares-Esguerra leyó uno de los primeros borradores del libro, sugirió varias fuentes primarias y me ofreció consejos cruciales para convertir una tesis en un libro; Tom Conley siempre estuvo dispuesto con comentarios perspicaces y su espíritu siempre magnánimo, de lo cual le estoy verdaderamente agradecido; James Delbourgo compartió su sabiduría y humor durante muchas conversaciones y me brindó comentarios útiles en varios capítulos; y Maya Jasanoff leyó algunas partes del manuscrito en diferentes ocasiones y me brindó consejo en momentos de distintos tipos de dificultades. También tuve la buena fortuna de compartir charlas con Nicholas Dew, Lissa Roberts y Simon Schaffer en diversas ocasiones, desde Halifax hasta Oxford y Haarlem, y siempre aproveché mucho esos debates. Mis amigos de toda la vida Simon y Elizabeth Beaven, Andrew Dubrock, Lisa Kaufman, Michael Miller, Carolyn y Ruby Namdar-Cohen, Raphael Rothstein, Rashmi Sadana, Rudy Saltzer, Elizabeth Scott y Joel Swerdlow me han apoyado totalmente, y les agradezco aquí y en cualquier otro lugar su ánimo y lealtad. Tom y Lisa Cohen-Fuentes, el clan Cohen-Fuentes y Amy Scheuer Cohen saben lo mucho que su apoyo y amistad han significado para mí; estoy agradecido por la cercanía que hemos mantenido a lo largo de estos años. Los lectores anónimos de la University of Chicago Press, quienes muy pronto hicieron a un lado su anonimato, me ofrecieron consejos importantes para mejorar este manuscrito; por supuesto, yo soy enteramente responsable de cualquier error u omisión. Una versión anterior del capítulo sexto se publicó como «“... To Collect and Abridge... Without Changing Anything Essential”: Rewriting Incan History at the Parisian Jardin du Roi» en *Book History* (vol. 7, 2004, pp. 63-96); agradezco a Pennsylvania State University Press por el permiso para reproducir partes de ese artículo en este libro. Y, de la University of Chicago Press, Christie Henry me-

rece las mayores felicitaciones por su profesionalidad y ánimo ofrecidos a través del proceso editorial.

Las palabras finales de agradecimiento son para mi familia. Mis hermanos y sus respectivas familias significaron una fuente inagotable de sustento emocional y material durante mis frecuentes visitas al norte de California. Mis más profundas gracias a Dan, Jackie, Joshua y Lauren, y Mike, Maurina y Emma por su extraordinaria paciencia y generosidad a través de un proceso igualmente extraordinario en su duración. Aunque nos dejó antes de que yo pudiera compartir con ella estos primeros frutos, mi abuela Minnie Saftier fue y siempre será una fuente de inspiración para mi estudio de la historia. Pero más que a nadie, deseo agradecer a mi padres, Estelle y Robert Saftier, a quienes elegí dedicar este libro. Ellos fueron los primeros en animarme a viajar por el mundo y a aprender acerca de lugares y culturas más allá de los confines de nuestro patio trasero, ya fuera mientras viajábamos en una autocaravana a través de la región Noroeste-Pacífico, haciendo senderismo por la Patagonia chilena o en un recorrido exprés por Europa. Su espíritu de curiosidad me impulsó a hacer grandes y pequeños viajes, y solo puedo esperar que este libro los aliente a continuar explorando nuevos mundos, así como esos primeros viajes me guiaron e inspiraron a actuar de la misma manera.